# APUNTES HISTÓRICOS

## SOBRE EL CULTO Y LA ARCHICOFRADÍA DE MARÍA SANTÍSIMA, MADRE DE LA DIVINA PROVIDENCIA, AUXILIADORA DE LOS CRISTIANOS

### § 1º — LOS ORÍGENES

En el lugar donde hoy se encuentra San Carlo ai Catinari, en Roma, todavía se alzaba a comienzos del siglo XVII San Biagio dell'Anello. En el sitio de aquella primera iglesita concedida en la Ciudad Santa, los Barnabitas, el 26 de febrero de 1612, tan solo dos años después de la canonización de San Carlos Borromeo, insigne Patrono de su Orden, bendecían solemnemente la primera piedra del actual templo, elegante en la sobriedad de sus líneas y de su decoración, y coronado con majestad por aquella gozosa cúpula dorada que, en Roma, por su interior, es segunda solo a la de San Pedro.

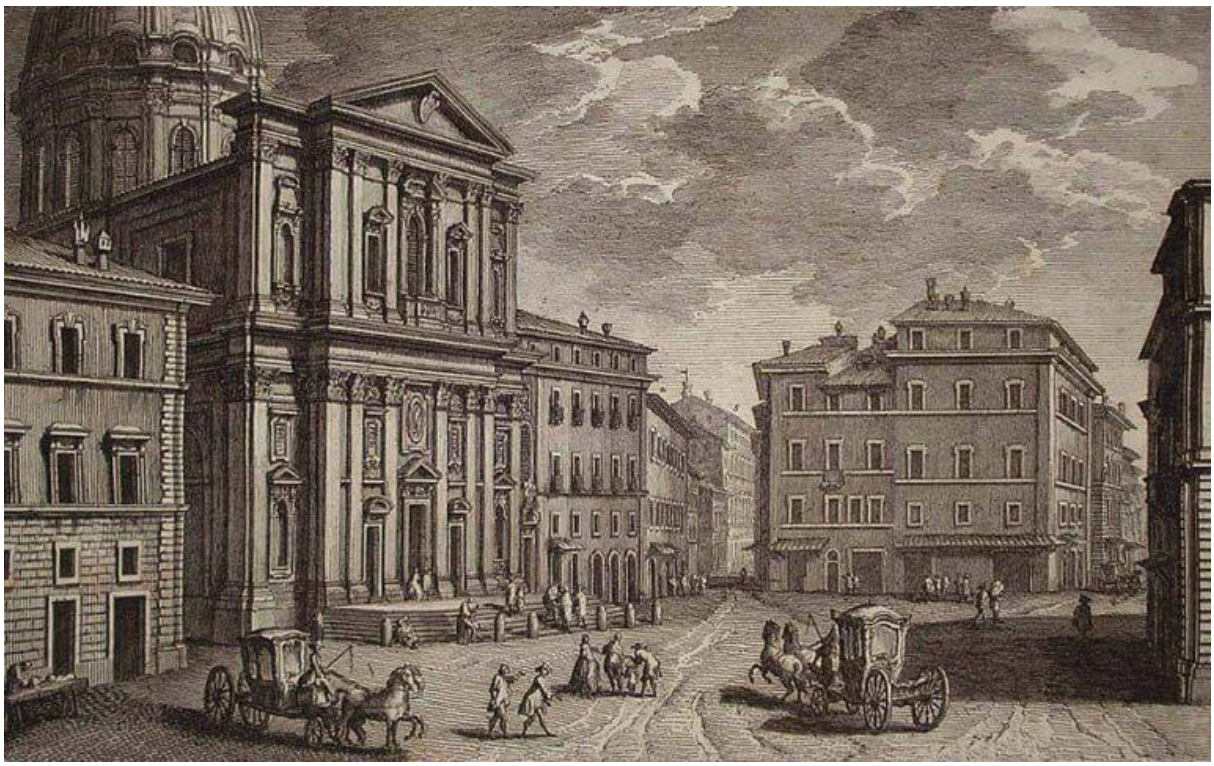
Pero el cristiano devoto que aquí entra, después de una fugaz mirada a la cúpula que, apareciendo de repente a quien cruza el umbral del templo, atrae irresistiblemente la atención, y tras la debida adoración a Jesús en el Sacramento,

se dirige enseguida a un rincón escondido, a la derecha del altar mayor, y se postra rezando ante una dulcísima imagen de la Santísima Virgen.

«Harían falta —se ha escrito con razón— la pluma de un artista y de un santo para dar una idea exacta de la perfección, de la belleza celestial y de la gracia angélica difundidas en este lienzo, donde la pureza de la Virgen se une tan bien a la ternura de la Madre. La Santísima Virgen está vestida con una túnica púrpura y un manto azul; un velo ligero y transparente le cubre la cabeza y desciende con gracia sobre sus hombros, mientras se inclina levemente a la derecha. Tiene entre sus brazos al Hijo Divino y lo estrecha con amor sobre su pecho virginal, bajando dulcemente los ojos sobre el rostro adorable de aquel Niño, el más bello de los hijos de los hombres. ¡Cuánta gracia en los purísimos labios de la Virgen Madre, entreabiertos en una sonrisa celestial! Uno queda cautivado delante de este encantador Niño cuyos ojos vivaces están fijos en el rostro de su tierna Madre, como queriendo leer en él sus pensamientos y deseos. ¿La mano del Hijo en la de la Madre no nos indica la fuente sagrada del poder de María, la confianza y el abandono que debemos tener en ella? ¡Qué afecto recíproco, qué dulce familiaridad entre Madre e Hijo manifiesta la actitud de Jesús y de María!» (DUBOIS).

Desde hace ya dos siglos, esta Imagen ha contemplado ante sí, postrados en humilde invocación o en ferviente acción de gracias, a sus hijos, pequeños y grandes, solos o en multitud. Su historia está íntimamente ligada a la misma historia de la Iglesia.

Hacia 1664 se quiso trasladar al coro superior de la nueva Iglesia —donde los religiosos se reunían, y aún se reúnen, para las oraciones comunitarias— un fresco milagroso de la Santísima Virgen procedente de la primitiva casa de San Paolo en Piazza Colonna. Pero al colocarlo en el lugar previsto, el fresco cayó y se hizo pedazos. Para compensar a los Padres de tan grave pérdida, el arquitecto les ofreció un valioso lienzo de la Virgen, considerado la mejor de las composiciones de Scipione Pulzone, llamado el Gaetano, de Gaeta, su ciudad natal, el Van Dyck romano. Ante aquella devotísima Imagen, los Padres



rezaron siempre con confianza, y no en vano.

Un hecho singular, entre todos: en 1626, un piadoso religioso de San Carlo, el P. Biagio Palma (1575–1735), hizo una peregrinación a Loreto, donde había sido ordenado sacerdote, para obtener de la Santísima Virgen los medios necesarios para terminar la Iglesia, que desde hacía varios años permanecía inconclusa. Se sintió de repente inspirado a dirigirse al cardenal Leni. Al principio, no obtuvo más que buenas palabras. Pero al año siguiente, al morir el Purpurado, con asombro de todos se leyó en su testamento que dejaba la mayor parte de sus bienes para la finalización de San Carlo. Lo cual se realizó en brevísimo tiempo y con el esplendor que hoy contemplamos.

El P. Palma dejó del hecho una amplia relación manuscrita en los Archivos del Colegio, con el fin de perpetuar su recuerdo y como estímulo para que todos recurriesen en sus necesidades con viva confianza a la providente Madre de Dios. El manuscrito llegó a manos del P. Gennaro Maffetti (1670–1740), párroco durante 18 años de San Carlo, quien, tras leerlo ante la Imagen de la Virgen en el coro, se sintió movido a promover entre los fieles el culto hacia una Madre tan benéfica, del mejor modo posible.

Así, habiéndose hecho ejecutar rápidamente una copia exacta de esa misma Imagen (parece que por un humilde hermano barnabita, Pietro Valentini), en 1732, y quizá el 13 de julio, la expuso en un pequeño pasadizo entre el presbiterio del altar mayor y la capilla de Santa Cecilia. El amable aspecto de la Virgen y la dulzura del título que se le añadió, «Mater Divinae Providentiae», conmovieron y animaron la piedad de los fieles. Las gracias y favores de todo tipo, que desde entonces se obtuvieron por intercesión de María, mostraron cuánto complacía a la Santísima Virgen ser invocada bajo tal título.

El pequeño y sencillo pasadizo se convirtió pronto en un rico santuario, lleno de exvotos y adornado con pinturas y oros. El mismo día 13 de julio de 1732, sexto domingo después de Pentecostés, en que el Evangelio recordaba —y recuerda aún— el milagro de Jesús que, con cinco panes multiplicados milagrosamente, sació a cinco mil personas, se celebró una primera pequeña fiesta; el 10 de julio de 1735 se repitió, pero con gran solemnidad y estableciendo que se celebrara de igual modo cada año.

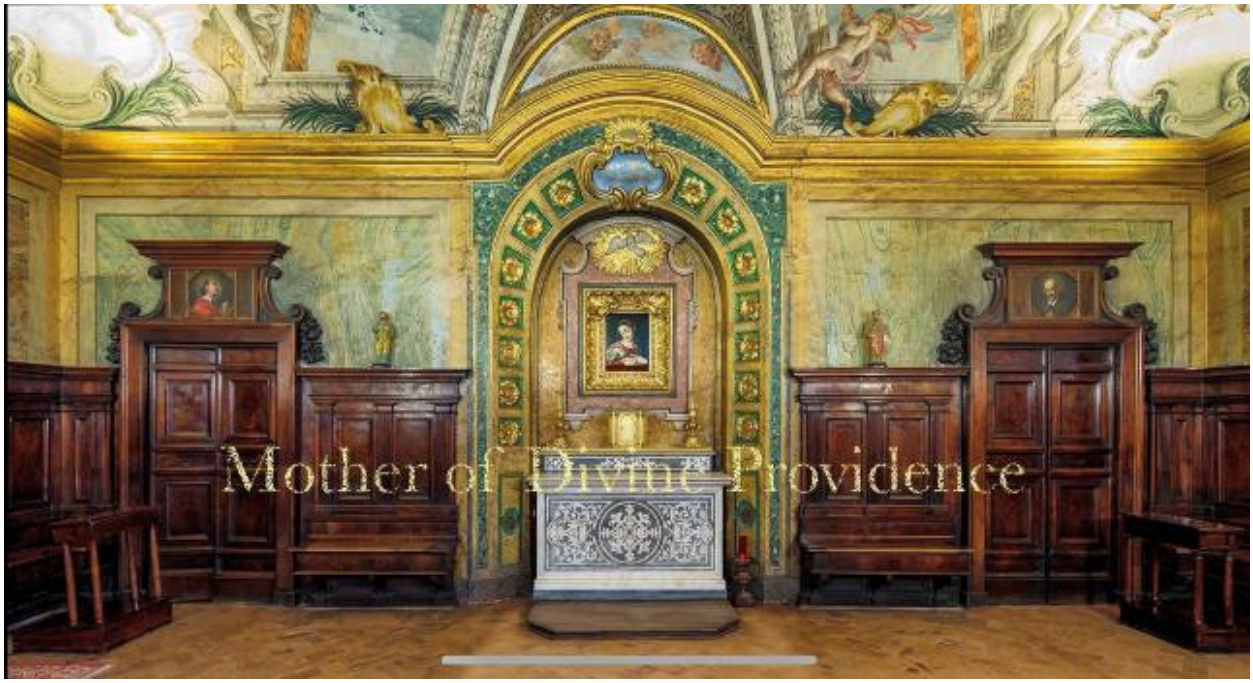
En 1742, finalmente, se levantó aquel altar ante el cual, además de una multitud innumerable de fieles y sacerdotes, se postrarían luego príncipes y más de uno de los más gloriosos Pontífices que se han sentado en la cátedra de San Pedro. Y la devoción y la fama de la prodigiosa Imagen no se detuvieron en los confines de Roma, sino que, llevada incluso a los países más lejanos, la gente acudía en multitud, incluso descalza, para venerar a la Madre de la Providencia en piadosas peregrinaciones a la Iglesia de San Carlo, donde ofrecían como primer homenaje a María la reconciliación de sus corazones con su divino Hijo en el Sacramento de la Penitencia.

---

## § 2º — LA ARCHICOFRADÍA

Para hacer más fructífera y estable tanta piedad, el papa Benedicto XIV, con Breve del 25 de septiembre de 1744, instituyó una piadosa asociación bajo el título de «Cofradía de la Madre de la Divina Providencia» y la enriqueció con numerosas indulgencias.

Aún no existía en Roma ninguna cofradía que estuviera afiliada a la célebre confederación de N. S. Auxiliadora, instituida el 18 de agosto de 1684 en la Iglesia de San Pedro en Múnich de Baviera por el papa Inocencio XI, después de la




memorable victoria alcanzada sobre los turcos bajo los muros de Viena.

Sin embargo, a causa de la gran distancia, resultaba demasiado difícil inscribirse en tal piadosa Asociación. Por ello, los Padres Barnabitas presentaron súplicas al sumo pontífice Gregorio XVI para que se dignase añadir a su santa Imagen el título de «Auxiliadora de los Cristianos», y obtuvieron esta gracia con Rescripto del Eminentísimo cardenal vicario Placido Zuria, el 10 de marzo de 1834.

Cinco años más tarde, el mismo Sumo Pontífice mostró para nuestro Santuario otra y más solemne predilección, elevando con Breve del 16 de julio de 1839 la ya existente Cofradía al rango de Archicofradía con todos los derechos y privilegios ya concedidos por sus predecesores a la de Múnich de Baviera y a la Confederación del Santo Amor de María Auxiliadora en Pisa, y confiriendo al Prepósito General de los Barnabitas, a perpetuidad, la autoridad de agregar en cualquier parte del mundo otras asociaciones erigidas bajo la misma invocación. Así, la Archicofradía de la Madre de la Divina Providencia se fue extendiendo en todas partes con gran rapidez, y en la actualidad existen Cofradías agregadas a ella y hechas partícipes de todos sus privilegios y de todas sus indulgencias, en cada país, no solo de Italia, sino de todas partes del mundo.

## § 3º — LAS GLORIAS

Ocurrió, sin embargo, un hecho muy lamentable: que la sagrada Imagen, enriquecida con muchas joyas y valiosos ornamentos ofrecidos por la piedad de los fieles, fuera robada por mano sacrílega el 13 de febrero de 1839. Esto, como suele suceder, en lugar de disminuir su culto, lo acrecentó. Difundida la noticia del robo, todos los devotos tuvieron un solo pensamiento: reparar generosamente a la Virgen de la impía ofensa, devolviendo a su capilla ornamentos que ya nunca más pudieran serle arrebatados.

Los Barnabitas recogieron abundantes limosnas para restaurar la ya demasiado humilde capilla en la forma más espléndida posible. Y en breve se emprendió la obra, la cual fue ejecutada con tal finura artística y

riqueza de ornamentos, que hizo menos penosa la excesiva pequeñez del lugar. Así, el 7 de noviembre de 1841, se reabrió la capilla, llena de oro y de mármoles preciosos; y el Eminentísimo cardenal Luigi Lambruschini, barnabita, consagró solemnemente el nuevo altar.

El Santuario de la Virgen de la Providencia gozó siempre de la particular predilección de los Sumos Pontífices. **Benedicto XIV** lo visitaba cada año y ofrecía a María ricos dones. Pío VII, el 2 de febrero de 1815, reconociéndose deudor a María de su regreso a la Ciudad Eterna tras el exilio en Francia, al llegar a la iglesia de San Carlo, después de impartir al inmenso pueblo la bendición con el Santísimo Sacramento, se postró en la capilla ante la milagrosa Imagen y, en prenda de gratitud, declaró su altar privilegiado diariamente y a perpetuidad.

**Pío IX**, quien de joven, bajo la dirección del P. Luigi Lambruschini, futuro cardenal y secretario de Estado, servía en las funciones sagradas en nuestra iglesia de San Carlo, y que luego pasó sus primeros años de vida sacerdotal a la sombra del Santuario de la Virgen de la Divina Providencia cuando era director del humilde Hospicio de Tata Giovanni, nunca dejó ocasión de manifestar su tierna devoción hacia la insigne Auxiliadora de los Cristianos. La visitó en varias ocasiones y rezó con el pueblo las Letanías Lauretanas, concediendo 300 días de indulgencia a todos aquellos que las recitasen en adelante (7 de septiembre de 1855); y el 7 de noviembre de 1861, reabriéndose la iglesia al culto tras los magníficos trabajos de restauración, celebró él mismo la Santa Misa en el altar mayor, donde se exponía la venerada Imagen con motivo de las festividades anuales, dejándole después como don los mismos ornamentos sagrados que había utilizado en la celebración del Santo Sacrificio.

Durante el pontificado de **León XIII**, y atendiendo al deseo de nuestros Padres, el Reverendísimo Capítulo Vaticano, al cual corresponde el derecho de decretar y celebrar la coronación de las Imágenes de María que en Roma reciben el culto más antiguo y universal, decretó la solemne coronación de nuestra prodigiosa Imagen. Esto se cumplió con grandísima pompa y júbilo universal el 11 de noviembre de 1888. El mismo Sumo Pontífice, además (Decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, 14 de noviembre de 1888), concedió la Misa y el Oficio propio de la Bienaventurada Virgen, Madre de la Divina Providencia, y elevó su fiesta a rito doble de primera clase.

**Pío X**, de venerada memoria, que tenía colgada en su dormitorio una copia de la Imagen de nuestra Señora, reconoció, confirmó y amplió las indulgencias, privilegios e indultos que sus predecesores habían concedido a la Archicofradía; concedió la Misa votiva propia para todos los sábados del año en la sede de la Archicofradía; aprobó el escapulario propio de la Madre de la Divina Providencia y lo enriqueció con indulgencias particulares.

Finalmente, incluso el glorioso Pontífice reinante, **Pío XI,** en una afectuosa audiencia concedida a los parroquianos de San Carlo ai Catinari de Roma, el 5 de mayo del presente año 1932, no dejó de hablar de nuestra «Querida Virgen de la Providencia, de esa Providencia cuya necesidad quizá nunca se ha sentido tan viva, apremiante y angustiosa como hoy».

---

## § 4º — EL SEGUNDO TÍTULO DE «AUXILIADORA DE LOS CRISTIANOS»

Después de haber expuesto cuál fue el origen y cuáles los progresos del culto que tuvo en Roma la Imagen de María, reconocida principalmente bajo el título de Madre de la Divina Providencia, daremos ahora algunas notas sobre el otro título de

Auxiliadora de los Cristianos, añadido por el sumo pontífice Gregorio XVI.

Mientras los turcos, en 1683, con un poderoso ejército mantenían sitiada Viena, metrópoli de Austria, y amenazaban la ruina no solo de aquel imperio, sino también de todas las naciones católicas; un piadoso religioso capuchino, que con gran celo predicaba en la iglesia parroquial de San Pedro en Múnich de Baviera, exhortó vivamente a los fieles de esta ciudad a ponerse bajo el patrocinio de la Virgen Santísima, la cual, bajo el título de Nuestra Señora Auxiliadora, era venerada desde hacía tiempo en la iglesia homónima, a fin de obtener por su intercesión la liberación de los pueblos cristianos de la opresión otomana.

Una inmensa multitud de fieles se reunió ante la venerable Imagen y, con fervientes oraciones y lágrimas, conmovió el corazón materno de la Virgen: por lo cual se obtuvo la ansiada liberación de Viena y una plena derrota de los asaltantes infieles.

Maximiliano, elector de Baviera, que había tenido el mando de una parte del ejército cristiano, al tener noticia de lo ocurrido en la capital de su electorado, solicitó al sumo pontífice Inocencio XI el establecimiento de una piadosa confederación en memoria de tan memorable hecho. Su Santidad accedió benignamente a la petición con la Bula del 18 de agosto de 1684 y enriqueció con varias indulgencias la nueva Cofradía.

Así, el 8 de septiembre siguiente, mientras el Elector sitiaba la ciudad de Buda, se erigió solemnemente, por orden suya, esta célebre Cofradía en la mencionada iglesia con extraordinaria concurrencia de fieles. No es de extrañar que una institución tan útil se difundiera en breve por todo el mundo católico, y que su fama llegase rápidamente también a nuestra Italia.

No siendo fácil, debido a la distancia de los lugares, satisfacer los piadosos deseos de tantos buenos cristianos que pedían ser agregados a la nueva Confederación, Su Santidad Pío VI concedió a los pisanos la erección de la Cofradía del Santo Amor de María Santísima Auxiliadora, que debía considerarse unida a la de Múnich, con participación recíproca de privilegios y bienes espirituales.

Después, viendo que tal devoción a la Virgen resultaba cada vez más eficaz, el sumo pontífice Pío VII instituyó su fiesta el 24 de mayo y aprobó la Misa y el Oficio bajo el título de la gran Madre de Dios, Auxilium Christianorum.✠

---

## NOTA

**Altares privilegiados de la iglesia de San Carlo ai Catinari, en Roma.**
Además del altar de la Virgen de la Providencia, son privilegiados en perpetuo el altar mayor y el de la Santísima Anunciación, que goza de privilegios especiales como altar Gregoriano. El de Santa Ana está privilegiado para todos los martes del año y para el día de los difuntos con su octava; el de San Blas lo está «ad septennium».

Visitando otros siete altares de la mencionada iglesia en el tercer domingo de cada mes, se obtienen las mismas indulgencias como si se visitaran los siete altares privilegiados de San Pedro.

Además, todos los altares son privilegiados durante las Santísimas Cuarenta Horas, como fue concedido para cualquier iglesia por Pío VII (Rescripto del 10 de mayo de 1807).